

# TORTURA Y CRISTIANISMO

Todo este año podríamos caracterizarlo, dentro de la Iglesia, por el año de la tortura en Brasil.

Durante todos estos últimos meses la prensa mundial —primero con timidez y después con claridad— fue contando las persecuciones, detenciones y tortura de diferentes sacerdotes, religiosos y seglares brasileños que piden en el fondo una cosa bien legítima: que se cumplan las frases de respeto y defensa de la persona humana que se contienen en los textos del Concilio Vaticano II, aprobados por los dos millares y medio de obispos de todo el mundo.

La historia de estos tristes sucesos es ambigua. Hasta que el mundo eclesiástico ha reaccionado con claridad han tenido que pasar muchos meses en que todo el mundo hablaba de lo mismo y —fuese cual fuese su ideología política— condenaba estos excesos inhumanos que están ocurriendo en Brasil.

Los primeros en reaccionar fueron los obispos del Nordeste brasileño, quienes fueron los únicos eclesiásticos que levantaron claramente la voz. Son 15 valientes prelados que viven la angustiosa situación de esas zonas subdesarrolladas del país cuyo hambre y abandono claman al cielo. Después, con matizaciones, se ocupó la Conferencia Episcopal del Brasil y la Comisión Pontificia «Justitia et Pax». Más tarde hubo unas frases del Papa que se podían entender como dirigidas al problema de la tortura en Brasil, pero que no eran claras. Y todo esto ha terminado con la última declaración, de hace pocas semanas, de la Comisión Central de la Conferencia Episcopal brasileña, la cual por fin se atrevió a decir que han sido arrestados 15 militantes cristianos de la JOC y que «esto viene a añadirse a los numerosos casos de encarcelamiento de eclesiásticos y de seglares con clara violación de las garantías que se establecen sin equívoco en la legislación brasileña, aunque estas garantías sean mínimas».

Pero esto último ocurrió después que el cardenal de Sao Paulo, monseñor Rossi, declaró en Roma en el mes de octubre —tras visitar al Papa y hablar del asunto— que no había persecución religiosa en el Brasil y que eran dignos de alabanza «los esfuerzos desplegados por el Presidente de la República y los otros miembros del Gobierno para dirigir el Brasil hacia el desarrollo, luchando contra la subversión y procurando poner un dique a la intensa campaña internacional de difamación desatada injustamente contra el Brasil en el extranjero».

Lo curioso es que estas declaraciones del cardenal Rossi venían a negar el discurso de Pablo VI que, el día antes, había pronunciado en cinco lenguas, diciendo: «Las torturas, esto es, los métodos policíacos crueles e inhumanos para sacar a la fuerza confesiones de los labios de los prisioneros, tienen que ser condenados absolutamente. No son admisibles hoy, aunque se tenga como finalidad ejercer la justicia y defender el orden público. No son tolerables ni aún en el caso de ser practicadas por órganos subalternos que no tienen ni autoridad ni autorización de las jerarquías superiores, porque sobre ellas puede recaer la responsabilidad de tales abusos y de tales violencias deshonrosas. Hay que denunciarlas y suprimirlas porque son una ofensa no sólo a la integridad física, sino también a la dignidad de la persona humana».

El ambiguo y confuso incidente del cardenal Rossi, procurando quitar toda fuerza a las palabras del Papa, ha terminado de una manera sorprendente, retirándole la Santa Sede de su archidiócesis de Sao Paulo por el sutil procedimiento de nombrarle para un cargo superior en la Curia Romana: ha sido hecho prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, la que antiguamente se llamaba de Propaganda de la Fe.

Lentitud y ambigüedad son las características de esta penosa historia de las torturas y detenciones en Brasil.

No obstante, hay que reconocer que nadie mejor que el popular obispo de Recife, monseñor Helder Cámara, ha luchado contra estas injusticias y contra la situación de infra-desarrollo de zonas importantísimas de aquel país. En sus numerosos viajes por Europa, sobre todo a Francia, ha dado la voz de alarma valientemente cuando sus mismos compañeros de episcopado,

timidamente, se desligaban de un compromiso claro con estas denuncias de la injusticia. Por eso ha llegado a ser llamado por el gobernador general de Sao Paulo «un Fidel Castro vestido de sotana».

A estas confusiones y vacilaciones de la jerarquía, hasta tardar un año en tener una postura más firme y más clara, se añade, por ejemplo, la celebración de un Congreso Eucarístico en Brasil que vino a confundir el juicio de la opinión pública mundial en este verano, dando la sensación de que allí nada pasaba. Sin embargo los protestantes tuvieron más cuidado y rehusaron celebrar la Asamblea Mundial Luterana en el país como protesta a los hechos sucedidos en Brasil.

Todo ello viene a confirmar mis artículos anteriores sobre lo poco que se puede esperar del mundo eclesiástico y oficialmente católico en estas cuestiones. Y que lo más importante es que cristianos y no-cristianos levantemos nuestra voz al unísono contra todo lo que se opone a la libertad, el respeto a la persona humana y la paz justa. El mismo monseñor Helder Cámara ha adoptado —a pesar de ser obispo— esta misma postura, y sus discursos o declaraciones evitan ese tono autoritativo, por un lado, y lleno de matizaciones y ambigüedades, por otro, que es frecuente en el mundo eclesiástico. Su lenguaje es el normal de un ser humano que cree en el hombre y desea defender su dignidad y su libertad.

A eso tenemos que llegar los cristianos en vez de estar siempre hablando de la doctrina social católica o pidiendo la intervención de la jerarquía que, cuando llega, es ya o tarde o sin claridad.

Incluso pienso que los cristianos no tenemos ninguna exclusividad respecto a conocer o actuar en el sentido del progreso, la libertad y la justicia. Con igual fuerza vemos que otros que no son creyentes descubren las raíces inhumanas del mismo modo que las podamos descubrir nosotros, y luchan por su supresión de la misma manera que podamos hacerlo quienes seguimos el Evangelio.

Puede también llegar a ocurrir —como de hecho ha ocurrido en la Historia— que habiendo el Evangelio abierto perspectivas hacia un progreso humano de la libertad, de la conciencia personal y del respeto a la dignidad humana, nuestra corta visión haya enturbiado este sentido humanizador, como ocurrió, por ejemplo, con la esclavitud o con los derechos sociales del trabajador. Nosotros los cristianos fuimos a remolque de los que no lo eran.

Este ejercicio de modestia nos llevará a comprender que la doctrina social católica es bien poca cosa, y que incluso es imposible deducir de ella nada que sea muy concreto para bien de la Humanidad, como demuestra bien claramente un moderado teólogo como el padre Maranache en su libro, ¿Hay una ética social cristiana? Lo único que podemos esperar es que nos dé ánimo y fuerza para ir, juntamente con otros hombres, en la lucha por una Humanidad mejor. Pero para ello es necesario que olvidemos que la fe es una ideología y que superemos todo el juridicismo de nuestras doctrinas para vivir más la fe como un dinamismo que da sentido fundamental a las cosas humanas, sin modificarlas ni desviarlas de su curso natural.

Por eso creo yo que si no llegamos a sensibilizarnos con la injusticia real y a estudiar y profundizar en la ciencia social, económica o antropológica, con nuestra sola fe nada podremos hacer eficaz para la transformación del mundo, salvo el estar discutiendo, como hemos hecho durante más de un siglo, los límites de la propiedad privada o los peligros de la socialización, inhabilitándonos para encontrar un régimen de propiedad que estuviera en consonancia con el desarrollo del sentido social del individuo y con los anhelos de cooperación, que están enraizados en lo más hondo del hombre, si bien se encuentran enmascarados por los slogans de nuestra civilización occidental, burguesa y capitalista.

Para resolver los problemas del mundo necesitamos más ciencia social y económica, más antropología y menos recetas morales de carácter social, manejadas estas últimas por quienes creen ingenuamente que de ellas se pueden deducir soluciones prácticas.

MIRET MAGDALENA